

LAS CONTRADICCIONES

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

ESTE organismo, que nació como respuesta a un deseo de unidad en lo militar a finales de la última guerra europea, presenta signos de arterioesclerosis aguda. Los más interesados en la ampliación de su área de influencia se permiten comentarios como el de Brzezinski recientemente, que afirmaba que la OTAN no aportaría nada a España (a su defensa). O lo que se puede encontrar en las «Memorias» de Henry Kissinger, en las que advierte de que Europa no puede seguir confiando en la cobertura de protección nuclear de Estados Unidos, porque difícilmente iban éstos a arriesgarse a entrar directamente en una guerra nuclear con la URSS, solamente por defender a sus aliados. En este orden de cosas, muchos plantean la realidad de que Europa necesita autodefenderse, contar con un equipo propio, pero sólo Gran Bretaña y Francia cuentan con armas atómicas; si bien es necesario reseñar que las armas atómicas no entran en los supuestos de la OTAN. El caso de Francia, que no participa en el Comité Militar ni en los demás organismos, salvo el Consejo, es único entre los miembros de la alianza y obedece a la negativa de crear una fuerza conjunta nuclear, por parte de los países miembros.

Mientras Estados Unidos mantuvo el monopolio de las armas atómicas, no hubo una modificación importante en el planteamiento inicial de 1949, pero más adelante, tuvieron lugar las primeras conversaciones bilaterales con la Unión Soviética. Y, en el momento actual, los países europeos integrados plenamente en la organización poseen bases y potencial armamentístico que sirven más como diana inmóvil ante un posible ataque soviético, que como sistema defensivo. Tanto los países del Este como los occidentales serían los que sufrirían en su espacio los primeros compases de la guerra, mientras los dos grandes jugaban desde lugar seguro su partida de ajedrez. De ahí la importancia de las conversaciones de Viena sobre Reducción Mútua y Equilibrada de Fuerzas y Armamento en Centroeuropa, en la que toman parte los países estratégicamente colocados en el centro de la operación. Por otra parte, la aparición del sistema balístico intercontinental da una nueva dimensión al problema, reduciendo la importancia de la OTAN. Pero no por ello Estados Unidos abandona su negocio de venta de armas a Europa. Hábilmente, cada cierto tiempo, se filtran informaciones ultra secretas que, según algunas fuentes, exageran considerablemente la capacidad armamentística del Pacto de Varsovia, y ello anima a los desganaos compradores europeos (ver TRIUNFO núm. 881, 882, 835). Por otra parte, es también curiosa la negativa de los países miembros a poner su

material de guerra no convencional al servicio de la organización. El caso francés merece una atención especial.

De Gaulle defiende la soberanía nacional

En 1958, De Gaulle quiere dotar a su país de un material de guerra no convencional y prohíbe la permanencia en Francia de las armas nucleares norteamericanas. En 1962 el Secretario de Defensa, Robert McNamara define la «doctrina de la respuesta gradual» en el sentido de que Estados Unidos no podía arriesgarse a un conflicto atómico por intereses que no fueran vitales, lo que ponía en cuestión la

ción militar atlántica —como decíamos antes— permaneciendo siempre como miembro del Consejo del Atlántico.

El origen de la Alianza Atlántica

Los antecedentes del pacto armamentístico occidental (luego llamado «Club anticomunista») hay que buscarlos en el tratado franco-británico de 1947 y en el de Bruselas de 1948, en el que participaron también los países del Benelux. Al final de la II Guerra Mundial sólo la Unión Soviética había ampliado sus fronteras y al comienzo de las negociaciones en busca de una coordinación defensiva supranacional (en otoño de 1948) Berlín estaba blo-



Truman firma en Washington el Tratado de la OTAN en 1949.

interpretación del artículo quinto del Tratado que habla sobre el apoyo y la defensa incondicional y unánime de todos los miembros de la organización. La respuesta del general De Gaulle no se hizo esperar: retiró sus fuerzas de los mandos navales integrados en el Mediterráneo (en 1962) y del Atlántico (en 1963). Y en vista de que no se vio cumplido su deseo de que se creara una fuerza nuclear conjunta, en 1966 se retiró de la organiza-

queado por los soviéticos; por otra parte se recordaba claramente el golpe de estado que sufrió Praga en la primavera de ese año. Este había llevado a Checoslovaquia al seno de los países alineados con la URSS. El hecho es que doce países firman el Tratado del Atlántico Norte en abril de 1949: Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Dinamarca, Holanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Portugal y Noruega. La URSS consi-



guió presionar a Suecia, al parecer, para que no entrara en él. Y Truman declaró que «mediante este pacto esperamos brindar a los pueblos un acuerdo contra la agresión y contra el temor a la agresión...». Para la URSS se trataba de un Pacto que «reúne a un número restringido de Estados que no tiene por fin consolidar la paz y la seguridad internacional...». Quizá como una declaración de buena voluntad, un mes después, era desbloqueado Berlín.

En 1950, las tropas de Corea del Norte invaden el Sur, sin que nadie en Occidente considere que la URSS esté al margen de ello. Es esta la primera actuación militar efectiva de la organización y, dada la cercanía de las tropas norteamericanas, estacionadas en Japón, el peso de la contienda recae sobre ellas.

En 1952 entraron a formar parte Grecia y Turquía; la primera de las dos salió (para reintegrarse años más tarde) en 1974. La política en esta zona se completó con una serie de pactos con Irán, que junto con la negativa de Tito a aproximarse al bloque socialista, dejaron a éste circunscrito a unas fronteras muy vigiladas. Hoy en día, se cuentan un total de 386 bases o apoyos en las fronteras que limitan la Unión Soviética. El caso

de la Alemania Federal fue largo y difícil, pero quedó integrada en 1955, aunque ya en diciembre de 1949, se planteó su ingreso e incluso su rearme. En aquel momento, el canciller de Bonn, Adenauer, se negó, prefiriendo que la defensa de Alemania Occidental corriera a cargo de las fuerzas aliadas de ocupación. Nueve días más tarde de la inclusión de Alemania Federal en la OTAN, se firmó el Pacto de Varsovia, entre la Unión Soviética y los países socialistas.

Durante todos estos años, en las reuniones que tienen lugar son frecuentes las declaraciones respecto al carácter defensivo de la Alianza (que juega con un supuesto de potencial soviético) sin poner en cuestión la soberanía nacional de sus miembros. Sin embargo, y como ya vimos, Francia no lo entendió así, y a fines de 1967 no quedaba nada en su territorio que no fuera de su exclusiva soberanía. Incluso la sede de la OTAN es trasladada de París a Bruselas.

En esta breve cronología no podemos dejar olvidada la entrada en vigor del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, el 5 de marzo de 1970, que había sido precedido de largas conversaciones. El 16 de abril empiezan en Viena las negociaciones bilaterales sobre limitación de armas

estratégicas Estados Unidos-Unión Soviética. Las llamadas SALT. Entre el 26 y 27 de mayo tiene también lugar una reunión a nivel ministerial, de países europeos que redactan una Declaración de Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas y Armamento y se le pide a Italia que la transmita a los gobiernos europeos interesados, fuera de las dos grandes potencias. Pero no se puede decir que, desde entonces hasta ahora, hayan progresado mucho. En mayo de 1972 se firma un acuerdo no definitivo, dentro de las conversaciones SALT y se abren las SALT II en Ginebra, el 21 de noviembre. El día 22, en Helsinki, comienzan las conversaciones preparatorias de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, cuya segunda ronda se desarrolla ahora en Madrid. Desde entonces hasta ahora, menudean las reuniones a distintos niveles para controlar la capacidad estratégica del adversario —más bien para dar a conocer al otro que se conoce su capacidad de operación— pero en ninguno de los niveles las conversaciones llegan a una solución efectiva. Nos parece innecesario seguir, por ello, la relación cronológica de sus fases así como los encuentros bilaterales y declaraciones de buena voluntad, que hasta ahora no han dado ningún fruto. ■